Dos naranjas quedan en el árbol

Ramiro Cejas Lamadrid

Image not found.

Capítulo 1

La comida afortunadamente ya estaba bajando. Nuestras panzas comenzaban a aliviarse, y todos podíamos respirar más tranquilos. En la mesa éramos cuatro: mi abuela, mi abuelo, mi novia y yo. El almuerzo se había tornado algo largo porque bueno, es típico de las cenas entre la nueva pareja y tus familiares, explayarse en explicaciones de la vida de cada uno de los bandos. Los temas de conversación iban y venían, poco quedaba por hablar.

Un silencio se acechaba por sobre el mantel, ya habría durado unos veinte segundos. Entonces, vi a Sofía saltar de una manera tan sigilosa como repentina desde afuera, apoyando sus cuatro patas en el estrecho marco de cerámico de la ventana. No la escuché, pero la vi maullar. Obviamente buscaba –apelando a la lástima- que le abriésemos, debía de andar con un hambre fiero. Cookie se acercó al instante, cuando la vio mientras salía de la pieza del lavadero, y le empezó a revolotear un trapo, impactando éste con fuerza en el vidrio.

Yo me reí suavemente porque tenía un gajo de mandarina en la boca y le señalé con la cabeza la escena a mi abuela, quien justo en ese momento transitaba sus ojos en los míos. Ella se dio la vuelta lenta pero curiosa –su silla se encontraba enfrentada a la mía-, seguida de Rafael y de Laura. Y para mi desfortunio, Cookie ya había conseguido echar al felino del amplio ventanal. Y la mirada de los tres quedó entonces de lleno en el árbol de al lado.

Era un naranjo que estaba crecido justo al borde del paredón que separaba los terrenos: el de mi abuela y el de Doña Rosa. Estaba alto, con sus ramas bien abrigadas de hojas grandes y de un verde fuerte, a pesar de la temporada invernal en la que andábamos. Y a nuestra vista tenía únicamente dos naranjas.

-Ese es Don Domingo –dijo mi abuela en cuanto alcanzó a mirar atrás.

Me quedé callado unos segundos, aguardando a que mi abuela continuase con su texto porque no comprendí qué había querido decir.

-Sí, el que está en la punta es Don Domingo. Y la de más abajo, más cerquita, esa es Doña Rosa.

Mi abuelo miró a Laura de brazos cruzados sonriente, conteniendo unas cuantas carcajadas, a la par que mi abuela tomaba su vaso con whisky y bebía un sorbo, sin transformar la expresión de su rostro, la cual, me parecía que se había vuelto ligeramente nostálgica. La situación ameritaba para unas risas, pero nadie rió. Le pregunté a mi abuela que si se estaba

refiriendo a sus vecinos.

En cuanto tragó su porción de whisky, me contestó.

-Sí –me dijo con una sonrisa-, ¿y sabés cómo lo sé?

Negué con la cabeza, momentáneamente ignoré la expresión de Laura y de mi abuelo. No me imaginaba qué debían estar pensando sobre lo que planteaba mi abuela.

-Porque la naranja de abajo es voluminosa y redonda, exactamente igual de gorda que la querida Doña Rosa. -Señaló con el dedo mayor el fruto mencionado- Y allá arriba en la punta está el pobrecito de Don Domingo, cuidando y vigilando la morada.

Le comenté que estaba sorprendido, pues no tenía idea que pensase eso de aquellos vecinos. Que yo supiera, habían fallecido hace un buen tiempo y creía que no se llevaban muy bien. Recordé algunas historias que me habían llevado a creer que existía una fuerte enemistad entre las familias. Sobre todo, tenían que ver con gatos. Sofía era la tercera que vivía en esta casa desde que mis abuelos se mudaron. Recuerdo que las otras dos –cuando seguían vivas y sabíamos dónde estaban, porque simplemente desaparecieron- solían cruzarse seguido al terreno de Doña Rosa, y Don Domingo los odiaba porque de seguro hacían sus necesidades en el patio y a la vista de los dos dueños de la casa.

Pero no venía al caso. Ambos vecinos habían fallecido, solo sabía eso, no quise preguntarle si hacía mucho o hace poco, no me pareció el momento, al igual que si le caían mal. Era una interesante y curiosa interpretación, la que tenía mi abuela sobre aquel árbol y aquellas naranjas. Era escritora y su imaginación, es común esperar, era grande, dinámica y sorpresiva. Esos dos frutos colgados, con un aspecto tan frágil, aparentaban que con semejante peso la rama que los sostenía y alojaba, en cualquier momento los dejaría caer. Y, por otro lado, la casualidad era, para mí, increíble.

El almuerzo había terminado sin tratar más al tema en cuestión. Cada uno había seguido sus cosas y así transcurrieron los días. El viernes mis abuelos salieron de viaje a Buenos Aires, volviendo el lunes. El martes pasé por su casa (ya no recuerdo para qué) y entre otras cosas, charlamos. Creo que estaba tomando un té en la misma silla en la que me ubiqué aquel almuerzo, y mi abuela estaba sentada también en el mismo lugar de aquella vez.

Tomé un sorbo mientras miraba al árbol que se tambaleaba salvajemente por el viento de afuera. Mi abuela retiró la mano de su cara, que la

sostenía desde la mesa con su codo, y observó en mi misma dirección.

- ¿Viste? Don Domingo se cayó y no estuve cuando le pasó. Veremos cuánto dura Doña Rosa en el árbol.